

Antonio Machado
en sus apócrifos
Una filosofía de poeta

Pedro Cerezo Galán

Antonio Machado
en sus apócrifos
Una filosofía de poeta



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE ALMERÍA

CONTENIDO

Créditos

ANTONIO MACHADO EN SUS APÓCRIFOS. UNA FILOSOFÍA DE POETA

PRÓLOGO

1. ANTONIO MACHADO EN SU "RETRATO"

1. "Esta luz de Sevilla"
2. "La flecha que me asignó Cupido"
3. "Gotas de sangre jacobina"
4. "Es voz, no es eco"
5. La voz del buen amigo
6. "Al cabo, nada os debo"
7. A solas con el mar

2. DEL SOLILOQUIO AL DIÁLOGO

1. El soliloquio o diálogo interior
2. Hacia el "tú esencial"
3. El diálogo de la complementariedad
4. Destinarsse al otro

3. LA INVENCIÓN DE LOS "APÓCRIFOS"

1. La cuestión de lo apócrifo
2. "Alma en borrador"
3. "Conservar al hombre imaginativo"
4. El mundo fábula

4. "UN CANTO DE FRONTERA"

1. El hombre/frontera
2. La mitología del límite
3. El tema de la nada
4. La dialéctica lírica

5. ABEL MARTÍN Y LA "METAFÍSICA DE POETA"

1. "La metafísica de poeta"
 - 1.1. *Metafísica monadológica*
 - 1.2. *El éros trágico*
 - 1.3. *La heterogeneidad del ser*
 - 1.4. *La angustia*
2. *La relación poesía y filosofía*
3. De lo uno a lo otro
4. "Si un grano del pensar arder pudiera"

6. JUAN DE MAIRENA: UN SÓCRATES ANDALUZ

1. "Su otro yo filosófico de juventud"

- [2. Un librepensador dialogante](#)
- [3. Un Sócrates andaluz](#)
- [4. Cultura popular y educación superior](#)
- [5. El diálogo y la experiencia del pensar](#)
- [6. El género del fragmentarismo](#)

7. ÉTICA Y EXISTENCIA MORAL

- [1. Piedad con lo que sufre](#)
- [2. De la compasión a la fraternidad](#)
- [3. Una ética dialógica](#)
- [4. La existencia moral](#)

8. CRISTIANISMO, PACIFISMO Y COMUNISMO

- [1. Cristianismo evangélico](#)
- [2. Cristianismo y humanismo](#)
- [3. El éthos pacifista](#)
- [4. Un comunismo cordial](#)

APÉNDICE. ANTONIO MACHADO EN BAEZA. DE LA EXTRAÑEZA AL ENTRAÑAMIENTO (1912-1919)

- [1. La crisis espiritual](#)
- [2. La llamada de la filosofía](#)
- [3. La honda preocupación religiosa](#)
- [4. La radicalización política](#)
- [5. La galería de sus héroes amigos](#)
- [6. La crítica social](#)
- [7. Proverbios y canciones populares](#)

SOBRE LA PROCEDENCIA DE LOS ENSAYOS

Créditos

Antonio Machado en sus apócrifos. Una filosofía de poeta

© del texto:

Pedro Cerezo Galan

© de la edición electrónica: Editorial Universidad de Almería, 2014

publicac@ual.es

www.ual.es/editorial

Telf/Fax: 950 015459



ISBN: 978-84-15487-62-3

Depósito legal: Al 314-2014

Diseño y maquetación: Jesús C. Cassinello



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

Antonio Machado en sus apócrifos. Una filosofía de poeta



*A mi amigo Cayetano Aranda en nuestra común
vinculación al daimon tutelar de Antonio Machado.*

Prólogo

En diversas ocasiones me han sugerido algunos amigos la conveniencia de reeditar mi libro de 1975, *Palabra en el tiempo. Poesía y filosofía en Antonio Machado*, publicado en la Biblioteca Románica Hispánica de la editorial Gredos, ya hace tiempo descatalogado, y, por tanto, inasequible, salvo en ciertas bibliotecas. Confieso que no me sedujo la sugerencia. Aparte de los problemas legales de una reedición, que supongo los hay, aun cuando los desconozco, están los otros más graves, para mí insalvables, de la distancia del autor con su propio texto de hace más de treinta años. Reeditarlo me obligaría a reescribirlo por entero. Es mejor dejarlo estar con su propia fecha y partida de nacimiento, y desde luego, con su propio destino, antes que intentar resucitarlo a deshora, ya fuera de su contexto en la transición política española a la democracia, que fue tan determinante de aquella lectura. La descatalogación me fue especialmente dolorosa por ser una de mis primeras criaturas. Nunca he llorado ante un libro como entonces cuando hube de recoger de un almacén de la editorial Gredos en las afueras de Madrid los ejemplares que pude, cargando hasta los to-

pes mi coche utilitario, en una tarde que recuerdo melancólica y lluviosa. Y los que no cupieron, allí quedaron para volverse pasta. Los varios centenares que pude salvar tuvieron, en cambio, la suerte con que sueña cualquier libro: caer en manos del lector que lo apetece. Los regalé a amigos y profesores universitarios o de enseñanza media, aprovechando seminarios de trabajo o congresos, de modo que, paradójicamente, ha resultado ser uno de mis libros más conocidos entre un público capaz de ponderarlo.

Mientras tanto, diversas circunstancias y coyunturas me han obligado a oficiar de machadiano, cosa que asumo de buen grado, pues Antonio Machado es un autor clave en la formación de mi sensibilidad, casi desde mi adolescencia. Así han ido surgiendo, al hilo de circunstancias y coyunturas diversas, estos nuevos ensayos machadianos, en los que he procurado ampliar y completar aquel viejo libro, evitando a toda costa el autoplagio, que es tanto como convertirse en una estatua de sal. Estos ensayos han aparecido acá y allá, en actas de congresos, –la mitad de ellos son inéditos–, a lo largo de los últimos quince años, y salvarlos de esa dispersión creo que es un acto de piedad con ellos y con uno mismo. ¡Tantos reflejos sueltos bien merecen recogerse en el foco único de su irradiación! Como han sido redactados en artículos independientes, se da entre ellos algunos cruces temáticos y superposiciones de citas, que espero sepa perdonarme el amigo lector, pero que, pese a su molestia de lectura, tal vez pudieran servir para reforzar la unidad in-

terna en que han sido concebidos. Me atrevo a pensar que se trata de un nuevo Antonio Machado, más íntimo, si cabe, que el anterior, pues ha estado conmigo treinta años más de madura convivencia, y, posiblemente, más abierto en su lectura hacia el futuro, en una era postmetafísica. Lo he titulado *Antonio Machado en sus apócrifos*, por estar centrado preferente, aun cuando no exclusivamente, en ese monumento de gracia e inteligencia, de ironía y lucidez de la prosa machadiana, que, a mi juicio, se conserva más fresca y viva y estimulante que su propia poesía. El subtítulo “una filosofía de poeta” abarca los tres núcleos fundamentales de atención –metafísica, ética y política– que destaco entre las múltiples dimensiones de estos bellos y sugestivos textos machadianos. De ética y política apenas hablaba en aquel viejo libro de 1975, sí de la metafísica de poeta, pero como un período más del camino machadiano, sin hacerlo centro de gravedad de toda su obra.

Hoy confío estos ensayos a una editorial universitaria de una joven Universidad andaluza, la del Almería, y a uno de cuyos profesores, Cayetano Aranda Torres, machadiano de vocación, con el que me unen estrechos vínculos de estimación y amistad, se los dedico cordialmente, con la seguridad de que no se descatalogará nunca este libro, o preferirá regalarlo a profesores y estudiantes, como yo hice, antes que condenarlo al silencio irremediable. Agradezco también a Antonio Carrillo Burgos las muchas molestias

que se ha tomado en contrastar mis citas con la edición canónica de Oreste Macrì (Madrid, Espasa Calpe, 1989).

Asociar mi nombre, una vez más, al de Antonio Machado, es un motivo de íntima complacencia, como quedar citado con un viejo y entrañable amigo. Así se imaginaba Sócrates la inmortalidad como un diálogo inacabable en la mejor compañía. Si es cierto que el "*Da-sein* elige sus héroes", este lírico pensador sevillano, con un alma paradójicamente escéptica y lúdica, este Machado/Martín/Mairena, sigue siendo, todavía hoy, mi héroe tutelar, en una hora ya tan lejana de mi adolescencia, y, por lo mismo, más indecisa y dubitativa.

1. Antonio Machado en su "Retrato"

¿QUIÉN ES ANTONIO MACHADO?, ¿MACHADO EL POETA, el pensador, el hombre? Contestar a esta pregunta parecería fácil, a primera vista, pues el poeta, en la desnudez de su lírica, se muestra como hombre sin doblez. Y, sin embargo, él mismo aconsejó dar "doble luz" al verso, "para leído de frente/ y al sesgo" (CLXI, 670)¹, y reconoció tener "un alma siempre en borrador, llena de tachones, de vacilaciones y arrepentimientos" (403), y en otro momento estar fascinado por la fiesta del disfraz.² No deja de sorprender que Rubén Darío abra el retrato que le dedica, con las primeras pinceladas de unos versos enigmáticos:

Misterioso y silencioso
iba una y otra vez.

¿Cuál es el misterio de su voz? ¿Y el de su silencio? ¿A dónde va y de dónde viene este silencioso caminante en sueños? Todo el poema rubeniano marca en delicado contrapunto un claroscuro de contrastes, "el dejo de altivez y timidez" que tiene su palabra, la profundidad y la buena

fe de su mirada, (¿también en este caso en contrapunto?), la fiereza del león y la inocencia del cordero en su alma, animales que recuerdan vagamente el imaginario de Nietzsche, en suma, la ambivalencia de su actitud:

Conduciría tempestades
o traería un panal de miel.

Y, sobre todo, sorprende que lo remate con aquel cierre aún más enigmático, si cabe:

Montado en un raro Pegaso,
un día al imposible fue³.

¿Cuál es esta rara y extraña utopía en que se extravió o tal vez se encontró definitivamente a sí mismo Antonio Machado?

Para conocer al artista y al hombre no hay otro camino que sondear sus poemas, especialmente aquéllos que guardan algún contenido autobiográfico. En Machado, vida y obra están fundidas, confundidas, todavía al modo romántico o tardorromántico. A él le gustaba, por otra parte, bucear en sus estados interiores, consultar las horas de su alma, y guardó siempre la afición por la búsqueda de “sí mismo”. Lírica con vocación de autognosis la he llamado en algún lugar. “Soy más introspectivo que observador” –le declara a Juan Ramón Jiménez–. Quizá se refiera a ello en aquel poemita de “Proverbios y cantares”:

Lo ha visto pasar en sueños...
Buen cazador de sí mismo,
siempre en acecho (CLXI, 640).

¿Hay registros de esta caza del yo en la propia obra? ¿Se perdió irremediabilmente en esta introspección en un “laberinto de espejos”, o logró plasmar su visión interior, tantas veces errática, en una imagen canónica? Es habitual en el artista moderno, a diferencia del clásico que desaparece en su obra, verse en el reflejo de su creación, ya sea en mirada de soslayo o bien franca y abiertamente, en ese gesto de desafío creador, que ensaya Velázquez en sus *Meninas*, desplazando la figura soberana del rey al fondo brumoso del espejo. El gesto se acentúa progresivamente según le tienta al artista, en un proceso de reflexión interior progresiva, –muchas veces caviloso, cuando el gran arte pierde la fe en sí mismo–, meditar sobre su propio oficio y atreverse, a veces por puro *divertimento*, y a veces como experimento creativo, a trazar en el lienzo o en el poema los gestos que definen su propio estilo, su modo y actitud. Los modernistas, en el extremo histórico de la experiencia del yo creador, son maestros en estas reflexiones. Y entre ellos, Antonio Machado pasa por ser “el poeta del poeta”, reducativamente, el poeta que hace de su arte, del cómo de su creación, objeto primario de su interés, no sólo en introducciones y comentarios a su obra, sino objetivándolo, plasmándolo en la obra misma, que traslúcidamente pre-

tende dar cuenta de sí. Aunque tanto callaba sobre sí mismo, no es extraño que alguna vez le tentara, como a todo poeta modernista, el autorretrato, como en el poema que abre *Campos de Castilla* (xcvii, 491-492). ¿Fue tan sólo una pose a la moda? ¿Cómo se vio Machado? ¿A qué luz o, por mejor decir, contraluz? Hoy quisiera asomarme, aun a riesgo de incidir en algún tópico, a este espléndido lienzo, tantas veces referido y comentado, especialmente en lo relativo a su credo estético, con tal de explorar un signo fundamental del alma del poeta. A veces se ha señalado, como ya hizo José María Valverde, “cierto paralelo, incluso en la métrica”,⁴ (versos alejandrinos, serventesios, métrica modernista) entre este autorretrato de Antonio y el que su hermano Manuel pusiera por pórtico a su obra *Alma* (1902). Yo mismo, en mi lejano estudio sobre Machado de 1975, desarrollé este paralelismo contrapuntístico en la vivencia respectiva del tiempo.⁵ Y en ese mismo año apareció un enjundioso ensayo de Jorge Urrutia en que analizaba las bases de esta contraposición en cuatro ámbitos temáticos: el origen, el amor, la independencia y la muerte,⁶ de donde infería que el “Retrato” de Antonio era una réplica al de su hermano Manuel. En esta ocasión, me tiento explorar con algún detalle la oposición simétrica de ambos retratos, como clave para diferenciar sus actitudes y mundos respectivos, pero no ya sobre la base de “modernismo y 98”, como ha sido usual hacer ateniéndose al esquema de Díaz-Plaja, –oposición que me parece insostenible—⁷, sino sobre la dis-

tinción más fundamental entre los estadios estético y ético de existencia, tema kierkegaardiano que se reactualiza en la crisis existencial de fin de siglo.

El poema de Manuel ya es enigmático en su propio título "Adelfos" (OC, 13-14)⁸, del que confiesa el autor no saber por qué lo puso. En la pieza dramática *Y las Adelfas* (1928), se hace equivalente "adelfas" con "adelfos", "...como llamamos/ también en la tierra a estos/ arbustos bellos y malos" (OC, 414), y se sitúa en un adelfal, a la vera de una laguna, la escena del suicidio de Alberto. La adelfa es una planta tóxica que viene a simbolizar en la obra "el venenoso encanto de la mujer" (OC, 422), y, en general, toda pasión sombría, que asfixia las ganas de vivir, como el perfume –"...una fragancia/ extraña que el sueño inventa/ o reproduce..." (OC, 405)–, que exhalan estas plantas. "No lo niego/ –confiesa Araceli, la protagonista– pero me domina el vicio/ de respirar los adelfos" (OC, 448). Para salvarla será preciso aprovechar la llamada del amor en la noche de San Juan, "porque esta noche la flor/ de la adelfa envenenada/ dicen que no tiene olor" (OC, 455). De tomar en cuenta esta clave tardía, "adelfos" daría nombre en el poema homónimo a una pasión malsana, sombría, de autodestrucción. Dicho en términos schopenhauerianos: la no-voluntad, o tal vez mejor, la voluntad de la nada. Pero caben versiones más estilizadas del título. No hay que olvidar que *adelfos*, en griego, significa "hermano", lo que pudiera hacer pensar en el interés, más o menos vago y hasta sub-